



LA PRIMERA OLEADA

Mariló Álvarez Sanchis



1

EVACUACIÓN

A través de la puerta entreabierta, escucho el monótono susurro del televisor. Se trata del único aparato electrónico que funciona en casa. La poca corriente que llega al apartamento se destina a mantenerlo encendido sin interrupción. La situación me resultaría absurda si no fuera porque sé que en el resto de las viviendas pasa lo mismo. El Gobierno insiste en que tenemos que mantenernos informados. Por eso, se aseguran de que todas las familias tengan, al menos, una televisión operativa. Aguzo el oído y creo distinguir la voz del presentador, que explica por enésima vez cómo se llevará a cabo la primera fase del Programa Éxodo. Es una pieza informativa que han repetido insistentemente durante las dos últimas semanas. Me gustaría acercarme al salón y desenchufar el televisor de un tirón, pero sé que mis padres se inquietarían y volverían a conectarlo.

Abatida, coloco mis escasas pertenencias en el interior de la bolsa que constituirá mi único equipaje: un par de camisetas, unos pantalones y una sudadera, todo estampado en diferentes tonalidades de verde. Solo me falta un objeto por guardar. Estiro la mano para aga-

rrarlo con delicadeza. Se trata de un pequeño dragón de papel, fabricado con un folio rojo. Lo doblo con cuidado y lo meto en el bolsillo delantero de la chaqueta, donde estará bien protegido durante el viaje.

Apenas he tardado diez minutos en guardar mis posesiones. Me siento en la cama y entierro la cabeza entre las manos. No quiero irme y, sin embargo, sé que no tengo otra opción. Contemplo la habitación con tristeza. No la echaré de menos, pero sí que añoraré todo lo que representa.

Llaman a la puerta tímidamente. Mis padres abren sin esperar respuesta y me miran desde el umbral. Quieren saber si estoy preparada para marcharme. No lo estoy, pero tampoco puedo retrasarlo más. Me levanto y me cuelgo la mochila, prácticamente vacía, al hombro. Ellos tratan de estrecharme entre sus brazos, pero consigo apartarme a tiempo. Si dejo que me abracen, seré incapaz de abandonarlos.

Mi madre apoya una mano en mi hombro y me entrega un pequeño rectángulo de papel brillante, una antigua instantánea de mi hermana, tomada en el parque que había cerca de nuestra antigua casa. En la imagen, se mece con todas sus fuerzas y, aunque su figura aparece un poco borrosa, es fácil ver que desborda alegría. Niego con la cabeza y le devuelvo la fotografía. No la necesito para acordarme de ella. Inconscientemente, me llevo una mano al bolsillo del pecho para asegurarme de que el origami sigue en su sitio.

Recorro el diminuto apartamento como un autó-mata. Hace meses que odio nuestra residencia. La nueva vivienda es vieja y está ajada y sucia, como el edificio en el que se encuentra. Mi madre lucha cada día para convertirla en un lugar acogedor y pulcro. Pasa las horas limpiando, pero su esfuerzo no sirve para nada. El polvo continúa filtrándose por las ranuras e invadiéndolo todo. El mundo se ha convertido en un sitio lleno de inmundicia, y no podemos hacer nada para escapar de la suciedad que nos rodea.

Me sorprende descubrirme tratando de grabar cada detalle de mi antigua vida en la retina. Soy totalmente consciente de que nunca la podré recuperar. Es extraño cómo la rabia se ha transformado en anhelo y en nostalgia, incluso antes de abandonarlo todo. No quiero irme ni dejar a mi familia. Me consuela pensar que estaré ayudando a construir un nuevo hogar para los tres, aunque no puedo dejar de pensar en Melba. Sé perfectamente que está muerta y que no podré volver a verla, pero siento como si la estuviera dejando atrás. Me alejaré casi cuatrocientos mil kilómetros del lugar donde vivió. Solo puedo prometerme que no renunciaré a ella.

Mis padres me acompañan al punto de recogida. Caminamos en silencio, atravesando los barrios más pobres de la ciudad: calles descuidadas, cubiertas de basura y de desperdicios, que quedan sumidas en la oscuridad total cuando anochece. La mayor parte de la población reside en estas zonas y sobrevive gracias

a las casas de caridad. Nosotros también tenemos que recurrir a ellas de vez en cuando, pero, como mi padre trabaja en una fábrica de las afueras, nuestra situación no es tan desesperada y podemos permitirnos alquilar un apartamento.

La plaza donde me espera el autobús que me llevará a la lanzadera espacial está llena de jóvenes de entre dieciocho y veintitrés años. Mis compañeros de viaje también han acudido escoltados por sus familias, que quieren retrasar al máximo el momento de la despedida. La tristeza flota en el aire. Nadie quiere embarcarse en esta aventura, pero todos formamos parte de la primera fase del programa. No cumplir con nuestra obligación sería considerado un acto de disidencia, y ninguno quiere arriesgarse a sufrir las consecuencias.

El conductor, impaciente, toca el claxon con fuerza. Se hace el silencio y un joven oficial empieza a pasar lista, llamándonos de uno en uno. Cada vez que pronuncia un nombre, estalla un llanto y se produce un gran revuelo delante de las puertas del autobús mientras los interpelados se despiden de sus seres queridos y suben al transporte.

—¡Dixie, Alice! —le escucho gritar.

Noto que mis padres me abrazan con fuerza y, esta vez, no se lo impido. Abro la boca y, entonces, me doy cuenta de que esta será la última cosa que les diga en mucho tiempo. «Os quiero», murmuro. Entro en el autobús con la cabeza gacha, intentando contener las lágrimas.

Me instalo en el primer asiento vacío que encuentro y apoyo la frente contra el cristal. Mi madre continúa llorando, pero se esfuerza por sonreír cuando me ve pegada a la ventana. El técnico pronuncia el último nombre —«Zolen, Brad»— y el autobús se pone en marcha. El vehículo se aleja lentamente, hasta que me resulta imposible reconocer las caras de mi familia entre la multitud.

Estoy rodeada de un mar multicolor de jóvenes. Todos ellos pertenecen al mismo barrio que yo, así que también usan ropa de segunda mano, donada por los residentes del centro. Es fácil determinar la antigüedad de la ropa según su color y, por lo tanto, también el nivel adquisitivo de sus propietarios, como un arcoíris de pobreza. Aproximadamente la mitad de ellos llevan prendas verdes. Se trata del tono que estaba de moda el año pasado, así que su ropa es bastante nueva y más cara que la de otras tonalidades. Sus padres deben de tener un trabajo fijo, probablemente también en alguna factoría del extrarradio.

Entre el otro cincuenta por ciento, la mayoría lleva un vestuario morado, el tono oficial hace un par de años. Los demás visten de negro, lo que significa que sus mudas tienen, como mínimo, tres años, y que se trata de donaciones. El Gobierno establece los colores que deben vestirse en cada período en función de aquello que simbolizan. El primer año después de la Gran Guerra eligieron el negro, por su austeridad; el segundo, fue el turno del morado, porque representa

bondad y compasión; la temporada pasada, el verde simbolizaba la esperanza de conseguir un mundo mejor. Ahora, la gente que puede permitirse ropa de primera mano viste de rojo, distintivo de fuerza, energía y vigor, las cualidades que necesitamos para poner en marcha el plan diseñado por el Estado para garantizar nuestra supervivencia, el Programa Éxodo.

Al mirar alrededor, veo que mis compañeros parecen tan delgados y hambrientos como yo. Por su aspecto, creo que algunos no se han bañado en una buena temporada, aunque, dadas nuestras condiciones de vida, tampoco me resulta extraño. No puedo olvidar que, pese a las afirmaciones del Gobierno y sus campañas de ayuda a los necesitados, hay gente en una situación mucho más desesperada que la mía. Puede que para ellos esto sea algo positivo, una oportunidad de rescatar a sus familias. Para el resto de nosotros, el programa se asemeja más a una condena.

El autobús atraviesa la ciudad antes de dirigirse a una de las pocas carreteras que permiten la circulación de vehículos. Al pasar por el centro de la capital, no puedo evitar fijarme en los edificios que nos rodean. El paisaje aquí es tan distinto al de los suburbios que parece que nos encontremos en otro planeta. La mayoría de las viviendas son de nueva construcción, fabricadas con los pocos materiales que generan las industrias del extrarradio. Seguramente, mi padre forjó alguna de las vigas que las sustentan.

En esta zona hay un flujo de corriente eléctrica potente, así que las calles están iluminadas y las casas tienen agua caliente y algunos electrodomésticos, más allá del omnipresente televisor. Lo que más me desconcierta son los gigantescos paneles publicitarios que saturan las paredes: mensajes y campañas del Gobierno, proclamas oficiales..., pero también anuncios de bebidas o de marcas de ropa. En medio de la miseria circundante, el corazón de la metrópolis se ha convertido en el hogar de los ciudadanos que consiguieron conservar su posición pese al caos de la posguerra.

Observo a la gente que transita por la calle. Visten de rojo, sin excepción. Algunos incluso se han teñido el cabello del mismo color, como muestra de apoyo a las iniciativas del régimen. Me fijo en que algunos van maquillados y lucen peinados elaborados. No puedo evitar componer una mueca al pensar que, en nuestro barrio, es difícil conseguir un cepillo con púas suficientes para cumplir su función.

Dejamos atrás la ciudad y salimos a campo abierto. La carretera, llena de hoyos y baches, constituye la única vía de comunicación transitable. Más de trescientos kilómetros nos separan de nuestro destino. Me reclino sobre la ventana y contemplo el árido exterior. Aunque han transcurrido unos cuantos años desde el final de la Gran Guerra, los estragos que causó aún son perceptibles y tardarán en sanar. La tierra está ennegrecida y reseca. El aire arrastra pesadas partículas de polvo que

se estrellan contra el vehículo antes de seguir su errático camino. No hay ni rastro de fauna o vegetación.

Aparto la mirada y cierro los ojos. Mis compañeros hablan o se dedican a contemplar el paisaje desértico. No podemos estar seguros de lo que nos espera, pero, en nuestra situación, preocuparse no servirá de nada. Dejo que sus voces me acaricien y me sumerjo en un sueño superficial e intranquilo.

Despierto unas horas más tarde. Hemos llegado a nuestro destino. El vehículo estaciona frente a un inmenso y aséptico edificio gris, en un extenso aparcamiento atestado de autobuses similares al nuestro. Proceden de los escasos rincones habitables del país y transportan al resto de los integrantes de la primera fase del programa. El oficial del Gobierno emerge de las profundidades de su asiento y toma el micrófono para comunicarnos las instrucciones: tenemos que bajar ordenadamente y seguirlo hasta la mole de cemento, donde recibiremos más indicaciones. Atravesamos la explanada de asfalto, caminando en silencio. El día es cálido y ventoso. Las partículas de polvo nos arañan la cara y se nos pegan a la garganta provocándonos unos tos compulsiva y áspera que cesa cuando llegamos al interior de la construcción de hormigón. La frescura del vestíbulo contrasta con el tórrido exterior.

Seguimos al representante estatal hasta un amplio corredor que desemboca en una enorme sala de espera amueblada con sencillos bancos de plástico. Más de la

mitad de ellos están ocupados por jóvenes de nuestra edad. El agente nos indica con un gesto que tomemos asiento. Nos movemos en grupo, como una manada atemorizada, y nos apiñamos en un rincón.

Desde mi sitio en la banqueta, con la bolsa sobre las rodillas, recorro la habitación con la mirada. Somos un colectivo muy heterogéneo. Teóricamente, cualquier persona que tenga entre dieciocho y veintitrés años tiene que formar parte de la operación, así que no solo hay gente de los suburbios, sino también del centro. Es curioso que todo el mundo se agrupe en función de su zona de procedencia, como si los colores que vestimos no pudieran mezclarse. El grupo engalanado con ropa roja es el menos numeroso, pero también el más ruidoso. Sus cabellos teñidos y modelados en formas extrañas destacan entre la multitud. Cada uno de sus miembros carga con diversas maletas, hecho que contrasta con el escaso equipaje del resto de los jóvenes. Parecen nerviosos, incluso asustados. Son los únicos que dejan atrás una vida llena de comodidades.

Los residentes de los suburbios los observamos con curiosidad. Las clases más pobres no han pisado el centro desde que la ciudad se dividió de manera estricta en barrios claramente delimitados, así que, probablemente, esta sea la primera vez que ven a alguien con un aspecto tan estafalario. Comparados con ellos, aún parecemos más delgados y enfermizos.

Pasamos horas sentados. Algunos de mis compañeros dormitan con la mochila en las manos. Otros charlan desganadamente, especulando sobre lo que nos espera. Yo me mantengo despierta. No puedo dejar de pensar en la expresión del rostro de mis padres cuando nos hemos despedido. Parecía que estaban perdiendo a su última hija.

Después de un rato, nos traen bocadillos y agua. Los de mi distrito comemos con voracidad, como si no recordáramos la última vez que nos llevamos algo a la boca. De hecho, para algunas personas, puede que ese sea el caso. En cambio, los residentes del centro miran el pan casi con asco, como si no supieran qué hacer con él. Supongo que están acostumbrados a otro tipo de comida.

Me cuelgo la mochila al hombro y me levanto para ir al lavabo, situado en la parte opuesta de la sala, junto al pasillo. Al acercarme a la puerta, golpeo sin querer el brazo de un chico vestido de escarlata. Es alto y fornido, con el pelo negro ornamentado con un largo mechón rojo. Su cara me resulta familiar, aunque no sé por qué. Me giro para enfrentarme a él y trato de parecer fuerte. Sorprendentemente, no reacciona de manera violenta, sino que sonrío y hace un gesto con la mano, quitándole importancia al incidente. Su comportamiento me desconcierta, especialmente después de haber pasado todo el día observando la actitud de sus compañeros. Entro al baño sin mirarlo.

A media tarde, vuelve el oficial del autobús. Parece que ha llegado el momento de irnos. Lo seguimos en fila y en completo silencio. Creo que estamos demasiado abrumados para decir nada. Atravesamos el edificio y llegamos a una puerta que se abre directamente a la plataforma de embarque. El exterior de la construcción, fabricada con materiales grisáceos, es tan aséptico como el interior.

El agente del Gobierno se sitúa en la entrada de la lanzadera. Desde nuestra posición, no podemos ver más que unos metros del cohete. Parece gigantesco, interminable. El funcionario empieza a llamarnos uno a uno, por orden alfabético. Cada vez que pronuncia un nombre, el interpelado cruza la abertura situada en la pared vertical del transporte espacial y desaparece en la oscuridad. Intento relajarme, aparentar calma. No quiero que se den cuenta de que estoy nerviosa, así que me esfuerzo para que las piernas dejen de temblarme.

Llega mi turno. Avanzo con la identificación en las manos, un pequeño carnet con una fotografía de baja resolución y mis datos personales. El funcionario comprueba que todo está en orden y me invita a pasar al interior del vehículo. Entro en el espacio iluminado por unas minúsculas luces de emergencia. Varias flechas pintadas en el suelo indican el camino. Subo por una estrecha escalerilla metálica adosada a la pared. Después de dos metros de ascensión, llego a una abertura circular en el techo, suficientemente ancha para permitir el paso de una persona. Saco la

cabeza con precaución y siento que unas manos tiran de mí hacia arriba.

El desconocido, vestido de uniforme y con una insignia reluciente en el pecho, me deja bruscamente en el suelo y señala las hileras de asientos idénticos que abarrotan la sala. Mis compañeros con apellidos de la A a la D ya se han instalado en algunos de ellos. Me acomodo en la primera butaca libre que encuentro y observo las instrucciones enganchadas en el respaldo de la silla que tengo enfrente. Mientras me abrocho el cinturón y me ajusto el casco, recuerdo mis visitas al parque de atracciones, hace unos años. Sin embargo, esta situación no parece tener ninguna parte divertida.

La habitación se llena poco a poco de viajeros. Cuando todas las filas quedan ocupadas, el oficial abre una escotilla situada en el techo e indica a los jóvenes que trepan por la escalerilla que continúen avanzando hasta el nivel superior. Finalmente, el flujo de pasajeros se interrumpe y escucho cómo se cierra la puerta de acceso al transbordador. Mis compañeros parecen tan nerviosos como yo. En cambio, la tripulación permanece en calma.

Retiran la pasarela de embarque y empieza la cuenta atrás. Puedo ver los números retroceder en la pantalla situada en la parte frontal de la sala. Noto que todo tiembla y me aferro con fuerza al reposabrazos hasta que mis nudillos se vuelven blancos. Cierro los ojos y trato de no pensar en el despegue. Se me revuelve el estómago y la comida me sube a la garganta. Empieza el viaje.